

Don Gustavo Hurtado Muro

El día 16 de Diciembre de 1960, cuando contaba 88 años de edad, falleció en Cáceres don Gustavo Hurtado Muro, relevante personalidad de la vida cacereña sobre todo en el elevado campo artístico.

Don Gustavo —el mayor de los hijos del matrimonio de don Publio Hurtado, patriarca de las letras extremeñas, con doña María del Rosario Muro— nació en la prósper y heráldica ciudad cacereña el día 7 de Octubre de 1878, siendo bautizado en la actual concatedral gótica de Santa María, el día 17 del mismo mes.

Aficionado a la pintura desde bien pequeño, comenzó sus estudios sobre este arte bajo la dirección de don Andrés Valiente y, posteriormente, de don Luis Perate, profesor de Dibujo del Instituto.

Cuando Hurtado Muro terminó el bachillerato marchó a Madrid para ingresar muy pronto en la Escuela de Arquitectura, centro académico en el que permaneció tres años.

También por entonces ingresó en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Ante la imposibilidad de simultanear los estudios en ambos centros, abandonó los de Arquitectura para dedicarse de lleno y por entero a los de pintura, bajo la dirección de los maestros Muñoz Degrain, Diósodro de la Puebla y Moreno Carbonero.

Gustavo Hurtado obtuvo una segunda Medalla el primer año y la primera al siguiente. El año 1900 concluyó sus estudios en la Escuela de Bellas Artes. Pero no conforme aún con la formación adquirida, perfeccionó sus conocimientos en los estudios de los artistas don Emilio Sala y don Francisco Pradilla.

Con el bagaje alcanzado, con la sólida preparación que poseía y con su vocación docente, Hurtado opositó a la cátedra de Dibujo del Instituto de Cáceres, que desempeñó hasta su jubilación en 1948.

En 1907 fue nombrado profesor de Dibujo Geométrico de la Escuela de Artes Industriales, creada por la Diputación Provincial.

En 1917 ganó por oposición la cátedra de Dibujo de la Escuela Normal del Magisterio de Cáceres.

En esos centros Hurtado realizó una magnífica labor, formando tantas generaciones de cacereños que hoy rinden el más sincero tributo admirativo al genial maestro.

En Abril de 1905 se designó al inclito cacereño Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

También perteneció desde muy joven a la Comisión Provincial de Monumentos, al Ateneo cacereño y Museo Provincial.

Nos parece obligado dejar constancia de los afanes de don Gustavo por la defensa del tesoro artístico cacereño.

Aunque nada aficionado a la política, el profesor Hurtado fue nombrado Síndico del Ayuntamiento en 1923, Concejal en los años 1927 y 1930, y Diputado provincial en 1936.

Debe ser subrayada especialmente la actividad de Hurtado como pintor. Dotado de gran inquietud y exquisito temperamento artístico, se hallaba en posesión de un pincel admirable, prodigioso, con el que produjo cuadros de las más ricas calidades.

Poco dado a exponer sus obras, participó, sin embargo, en algunas exposiciones, cabiendo citar, entre las más importantes, la Regional de Bellas Artes, Industria y Agricultura de Béjar en 1903, la Nacional de 1904 y la Regional Extremeña de Cáceres en 1924.

Algunos de los trabajos del famoso pintor cacereño pudieron contemplarse de nuevo poco antes de su fallecimiento en la capital.

En el orden humano, el venerable profesor estaba adornado de las más finas cualidades.

Por todo ello, la desaparición de don Gustavo Hurtado Muro causó el más hondo pesar en toda Extremadura.

A través del cronista, «ALCANTARA» expresa el testimonio de su sincera condolencia a la familia del eximio pintor.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS



RECENSIONES

TIEMPO INTIMO, por Manuel Ríos Ruiz,
Tina Colección Lírica. Club Internacional de la Poesía. Editorial Jerez Industrial. Número 1.

Se abre este librito bajo el lema de un verso de Vicente Aleixandre: «Dichoso el que besa fuerte y besa cierto», y ciertamente, la cita es mucho más sugeridora que el libro entero. Porque nos parece, en una primera lectura, que, el poeta, si besa fuerte, no acierta siempre con el dardo en la limpia diana de la Poesía.

Manuel Ríos comienza su obra con una décima y la cierra con un soneto. Luego, todos sus poemas son en versos blancos, sin excepción.

Confesemos por anticipado que padecemos empacho de versos blancos, libérrimos de ritmo y medida, amén de otros libertinajes. Pero quizá nunca tuvimos ante nosotros un ejemplo vivo y tan evidente de la gran injusticia, o insensatez, en este caso indudables, que muchos poetas hacen a las reglas de la métrica. Porque, a nuestro juicio, Manuel Ríos Ruiz donde únicamente acierta y *besa cierto* es en estos dos poemas que señalamos.

Todo lo demás es una algarabía sin orden ni concierto, plagada de prosaismos y rebuscadas metáforas casi nunca afortunadas. Da la sensación de que el poeta, desligado de las reglas del Arte, se desboca desenfreado y sin tino ni gracia ni ternura, desacierta a cada instante y frustra el ímpetu y desgarrá el poema que queda sucio y roto y desangelado. ¿Por qué?

No somos capaces de satisfacer el interrogante, pero nos creemos en el deber de hacérselo notar al interesado por si él puede desentrañar el misterio y curarse del mal por propia mano, lo que suele ser la mejor medicina. Así lo creemos, sin pruritos de dómine, y por eso lo decimos así.

Y para que el lector pueda juzgar por

sí propio, he aquí una muestra que hablará con más concisa objetividad que nosotros pudiéramos hacerlo.

El soneto final reza así:

Puede que si te duela, que te inquiete,
mi atormentada ausencia desvelada.
Aroma de cejinda cincelada
es tu llanto de niña sin juguete;
que por nada ni nadie se somete
a pura circunstancia razonada.
Tú eres para amar y ser amada:
amor que por amor se compromete.
De ahí nace tu llanto bendecido,
de puro corazón, tan dolorido
que tan soio conoce mi presencia.
Corona de tu pena, mi conciencia
es el albo pañuelo que te ofrezco;
¡que te quiero y por nada te merezco!

Tomamos ahora un poema al azar, pues tanto da uno como otro:

AMOR SIN FONDO

Tú no sabes que el amor es una roña,
una roña sin motivo de serlo, cuando quiere.
Y ya no queda detalle que no fine. [re.
Todo es indulgencia si se hace,
o beso deshinchado en el quejido,
como un fantasma pisando trapos
que levanta altavoces con los brazos.
Podemos irnos con el amor al monte,
o al fondo de una pirámide de ritmos,
pero donde mejor sería hasta siempre,
y siempre es tan nunca que acobarda.

Si no hubiéramos conocido el soneto, que copiamos, hubiéramos pensado, y hasta hubiéramos dicho, que el autor se agarraba a esta vieja novedad de los versos sueltos, por ineptitud, por impotencia para vencer las dificultades que las estrecheces de la métrica imponen. Pero no hay duda de que no solo no sucede así sino todo lo contrario, puesto que ha sabido llenar con pleno acierto y hondos sabores la rica y bien tallada copa de la más difícil estrofa.

Pues si M. R. R. es poeta y sabe serlo,